

EL SECRETO DEL FUEGO

HENNING MANKELL

Traducción del sueco de
Mayte Giménez y Pontus Sánchez

 Siruela

Las Tres Edades

UNAS PALABRAS ANTES DE QUE LEAS ESTE LIBRO...

Hay muchas palabras en la lengua sueca que son expresivas y hermosas.

Una es la palabra *invencible*.

Cuando te la dices en voz alta puedes oír lo que significa.

Que no te dejas pisar.

Que no te rindes.

Este libro trata de una persona invencible llamada Sofia. Existe en la realidad y tiene 12 años. Vive en uno de los países más pobres del mundo, Mozambique, que está situado en la costa este de África.

En realidad es una tierra rica. Pero se ha vuelto pobre debido a una guerra que duró casi 20 años. Hasta 1975 Mozambique había sido colonia portuguesa. Cuando el país obtuvo la independencia y quiso ir por su propio camino hubo muchos que trataron de impedirlo. En particular los portugueses acomodados que veían desaparecer su antiguo poder. Muchos de ellos se mudaron a Sudáfrica. Tampoco los racistas de Sudáfrica veían con buenos ojos lo que ocu-

rría en el país vecino, en Mozambique. Dieron dinero y armas a los mozambiqueños pobres e insatisfechos y les animaron a empezar una guerra civil. Y, como en todas las guerras, la peor parte se la llevó el pueblo. Murieron muchas personas, y otras muchas huyeron. Sofia fue una de ellas. Pero sobrevivió.

Este libro trata de ella y de algo que ocurrió. Algo que cambió toda su vida.

Henning Mankell

EL SECRETO DEL FUEGO

A la memoria de Maria Alface.

*Una chica africana
que murió cuando era muy joven.*

*El libro trata de su hermana
Sofia.
Que sobrevivió.*

*Ésta es mi historia,
que quiero que permanezca viva
en vuestra memoria.*

*El corazón africano
es como el sol,
grande, rojo,
una tela de seda de color sangre.*

*El amanecer africano baila.
Con el sol naciente
se alzan los primeros sonidos,
primero susurrantes, rumorosos,
y luego, al final, más y más fuertes.*

*Pero todavía es de noche.
Y Sofia sueña...*

Sofia corre a través de la noche.

Está oscuro y tiene mucho miedo.

No sabe por qué corre, ni por qué tiene miedo, ni adónde se dirige.

Pero hay algo ahí, detrás de ella, algo en lo profundo de la noche que la asusta. Sabe que tiene que ir más deprisa, que tiene que correr más rápido: porque eso que hay ahí detrás, que ella no logra ver, está más y más cerca.

Tiene mucho miedo y está muy sola, y lo único que puede hacer es correr.

Corre siguiendo un camino que serpentea entre arbustos y zarzales. No ve el camino pero se lo sabe de memoria, sus pies saben dónde tuerce y dónde sigue recto. Es el camino por el que pasa cada mañana con su hermana Maria hasta llegar al pequeño campo en el que cultivan maíz, lechuga y cebolla. Cada mañana al amanecer va allí, y cada tarde, poco antes de que se ponga el sol, vuelven ella y Maria, acompañadas entonces también por su madre Lydia, a la pequeña choza en la que viven.

Pero ¿por qué corre ahora por ahí, cuando es de noche y está oscuro? ¿Qué es lo que la persigue en la oscuridad? ¿Un monstruo sin ojos? Puede sentir su respiración en la nuca, así que intenta ir más deprisa todavía. Pero no tiene fuerzas. Piensa que tiene que esconderse, salirse del camino y acurrucarse, hacerse pequeña entre la maleza. Da un salto como ha visto hacer a los antílopes y se separa del suelo.

Y entonces se da cuenta.

Eso era precisamente lo que el monstruo de la oscuridad quería que hiciera.

Dejar el camino. Lo más peligroso de todo.

Cada mañana su madre Lydia decía:

—No te apartes nunca del camino. Ni tan siquiera un metro. Nunca cojas atajos.

Prométemelo.

Sabe que hay algo peligroso en la tierra. Soldados armados que nadie puede ver. Enterrados, invisibles. Que esperan y esperan a que un pie los pise. Intenta desesperadamente mantenerse en el aire. Sabe que no puede poner los pies sobre el suelo. Pero no logra sostenerse en el aire, no tiene alas como los pájaros, así que cae hacia el suelo, las plantas de los pies ya acarician la tierra seca.

Entonces se despierta.

Está empapada en sudor, el corazón le late con fuerza en el pecho y al principio no sabe dónde está. Pero luego oye la respiración de sus hermanos dormidos y de su madre. Están pegados unos a otros en el suelo de la pequeña choza. Con cuidado alarga su mano y la pasa por encima de la espalda de su madre. Se mueve pero sin despertarse.

Sofía está tumbada con los ojos abiertos en el silencio de la noche.

La respiración de su madre Lydia es suave e irregular, como si ya estuviera despierta y preparando la papilla que comerían por la mañana. A su izquierda están Alfredo y Faustino, que es tan pequeño que aún no ha aprendido a andar.

Sofía piensa que pronto habrá uno más durmiendo sobre el suelo de la choza. Su madre Lydia parirá dentro de poco tiempo. Sofía la ha visto gorda varias veces antes. Sabe que no pueden faltar muchos días.

Piensa en el sueño. Ahora que se ha despertado se siente relajada y contenta, pero también triste.

Piensa sobre el asunto del sueño. Sobre lo que ocurrió aquella mañana de hacía un año.

Piensa en María, cuya respiración ya no puede oír más en la oscuridad.

En María, que ya no está.

Se queda tumbada en el suelo en medio de la oscuridad durante un rato. Un búho ulula en algún lugar ahí fuera, se oye una rata que rasca con cuidado la cara exterior de la pared de paja de la choza.

Piensa en lo que ocurrió aquella mañana, cuando todo era como de costumbre, y ella y María se fueron a ayudar a Lydia a limpiar de malas hierbas el campo, que está donde el poblado acaba.

Y piensa en todo lo que ocurrió antes.